

¡Vale Tío!
La Postmodernidad simbólica

*El poema—superando cualquier otro acto de lenguaje—
llega hasta las raíces mismas de la lengua,
a la dialéctica comunicativa y sensorial
que define la identidad humana.*
George Steiner

Este pequeño artículo intenta analizar interdisciplinariamente –apoyada en la filosofía y la sociología-- los elementos, tanto positivos como negativos, que pudiéramos encontrar en el uso entre los jóvenes de un lenguaje verbal cada vez más empobrecido

El artículo consta de tres apartados y las conclusiones. El primer apartado es sólo introductorio, en él se explica el origen del artículo y sobre todo del título del mismo, en el segundo se analiza la presunta naturaleza lingüística del hombre y algunos elementos del lenguaje verbal, y en el tercer apartado se describen –sin afán valorativo-- algunas características de la postmodernidad y del lenguaje verbal dentro de ella, y los nuevos paradigmas sobre lo humano que este lenguaje pudiera estar reflejando.

Palabras clave: Modernidad, posmodernidad, lenguaje, símbolos, signos, lenguaje verbal, univocismo, equivocismo, analogía.

1. Introducción:

En el transcurso de una de las clases con el Doctor Mardones¹, él nos comentaba –en un comentario al margen de la clase-- que la expresión “vale tío” era usada por los jóvenes en España prácticamente para todo, lo cual le resultaba preocupante porque hablaba de un empobrecimiento del lenguaje, y con él, de los procesos de conceptualización que el lenguaje conlleva. Este comentario llamó mucho mi atención e hizo preguntarme si el hecho de que con una sola expresión se pudieran entender muchas cosas, y los involucrados en el proceso de comunicación se estuvieran efectivamente comunicando y entendiendo (a pesar de la equivocidad y polisemismo de la expresión usada), no nos hablaba también del desarrollo de otras estrategias comunicativas, tal vez tan importantes como el lenguaje verbal mismo y la conceptualización.

Dicho de otra manera, yo me preguntaba si el evidente empobrecimiento del lenguaje verbal y conceptual, no traía aparejado también un enriquecimiento de la comunicación en otros sentidos. Escribir este artículo es la oportunidad para resolver estas interrogantes.

2. El hombre como animal lingüístico

A lo largo de la historia del pensamiento nos podemos encontrar con muchas definiciones de hombre: animal racional, animal de relaciones, animal de realidades, animal cultural y un largo

¹ En el Doctorado en Filosofía de la educación del ITESO.

etcétera. Sin embargo, según Herder,² el hombre es un animal de lenguaje, como lo explica Steiner: “el lenguaje es su esencia y lo que hace que prevalezca.”³ Esto no parece ser ninguna exageración, ya que “el hombre es entre los animales el único que tiene palabra.”⁴ A través del lenguaje verbal el hombre se puede comunicar con los otros, puede transmitir su pensamiento, puede denominar las cosas, puede expresar realidades o experiencias propias que de otro modo no serían accesibles a los demás. Puede también heredar su mundo a las generaciones posteriores y puede —de hecho lo hace— reinventarse mundos.

Si repasamos las definiciones de hombre que hemos señalado anteriormente, podemos descubrir que todas ellas están íntimamente ligadas al lenguaje. El hombre es animal racional, pero el medio por excelencia de manifestar su racionalidad es el lenguaje verbal. De hecho, autores como Steiner afirman que pensamos verbalmente, por lo cual “el concepto de ‘hombre prelingüístico’ es una quimera sin significado.”⁵ Por otra parte si analizamos las definiciones de animal de relaciones y animal de realidades, descubrimos que ambas están íntimamente ligadas al lenguaje. El hombre se relaciona con los demás y hace común la realidad fundamentalmente a través del lenguaje, y es precisamente esta trilogía de: realidad, relaciones y lenguaje, lo que engendra la cultura. “El pasaje del hombre del estado natural al cultural —el acto más importante de su historia— está ligado a sus facultades de lenguaje.”⁶

El lenguaje es, desde esta perspectiva, lo humano por excelencia. Pasemos entonces a definir esta maravilla. Siguiendo a Bram, podemos afirmar que el lenguaje (oral o escrito) es “un sistema estructurado de símbolos arbitrarios con cuya ayuda actúan entre sí los miembros de un grupo social.”⁷ Para explicarnos mejor, es importante describir lo que entendemos por símbolos, estos son expresiones que dependen de una definición particular para su interpretación correcta. “En la naturaleza física percibible del símbolo no hay, por regla, nada que pueda ser interpretado como correspondiente a cualquier característica de la cosa simbolizada.”⁸

Es importante distinguir los símbolos de los signos. A estos últimos los podemos describir como aquello que siendo conocido nos lleva al conocimiento de otra cosa. Los signos pueden ser naturales o artificiales, los naturales siempre apuntan *per se* a lo mismo, por ejemplo el humo a la combustión. En cambio, los signos artificiales tienen también un significado fijo, pero éste es convencional y depende de un código preestablecido, por ejemplo los signos de las operaciones básicas del álgebra (v gr. +,-).

Desde esta lógica, el lenguaje es una realidad simbólica en su origen porque los nombres que damos a las cosas no son las cosas mismas, ni las sustituyen; las palabras son algo totalmente arbitrario. Sin embargo, una vez que la palabra —símbolo— que denomina a las cosas, es establecida y aceptada grupalmente, normalmente pasa a convertirse en signo, porque su

² Steiner G., *Extraterritorial*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires 2000, p. 93.

³ *Idem*.

⁴ Aristóteles, *Política*, 1253 a 5.

⁵ Steiner, *Op. Cit.* p.99.

⁶ *Idem*, p. 95.

⁷ Bram J., *Lenguaje y sociedad*, Paidós, Buenos Aires 1961, p. 13.

⁸ *Ibidem*, p. 14.

significado queda fijado y es convencionalmente aceptado “todo signo es memoria de unas condiciones iniciales, contingentes de sí, pero que se hacen necesarias al ser codificadas.”⁹

Entre un signo artificial y su significado hay una relación intrínseca precisa previamente establecida. En cambio, entre un símbolo y su significado, la relación no es, ni previa, ni intrínseca, ni precisa. El significado del símbolo depende fundamentalmente del emisor y del contexto. Ahora bien, el significado arbitrario puede ser habitual, en cuyo caso nos encontramos con un símbolo estandarizado, como es el caso de los emblemas de la realeza: corona y cetro. Pero nos podemos encontrar también con símbolos individualizados, los cuales dependen totalmente de la voluntad del emisor, por ejemplo, los albures.

Siguiendo Edmund Leach¹⁰ afirmamos que los signos expresan relaciones metonímicas, mientras que las relaciones de los símbolos son metafóricas. Las relaciones metonímicas se dan “cuando el indicador que funciona como signo es contiguo al significado”¹¹ y remite a ello necesariamente como en nuestro ejemplo del humo y la combustión. En cambio, en las relaciones metafóricas no hay contigüidad entre significado y significante ya que dependen de una relación establecida de modo arbitrario.

Nuestro lenguaje es “naturalmente” simbólico y por lo mismo metafórico en su origen. Las palabras y los nombres que les damos a las cosas son totalmente arbitrarios y no hay ninguna razón de más o menos peso para llamar a un animal: *dog, perro, o canis*. “Tal estructuración —la del lenguaje verbal-conceptual— es por cierto de una naturaleza intuitiva e inconsciente, ya que los idiomas (...) han sido creados y usados por seres humanos ordinarios, ajenos por completo a cualquier ‘sistema organizado’ que fundamente su hablar.”¹²

Esto que se señala me parece de vital importancia para los fines de este trabajo: independientemente de la conversión del símbolo en signo dentro del lenguaje cuando el símbolo se hace habitual y se apoya en la generación de un código compartido, el lenguaje es un signo artificial, creado por el hombre, “es menos un espejo que un rayo de luz lleno de energía, que da forma, ubicación y organización a la experiencia humana.”¹³ El lenguaje es un artificio, es invento del hombre. Indiscutiblemente tenemos aptitudes naturales que nos han permitido esta invención, pero no por eso el lenguaje deja de ser artificioso.

Sólo que como seres eminentemente culturales y lingüísticos “la mayor parte de la interacción social se halla (...) íntimamente vinculada con el habla, y puede decirse que el lenguaje es la trama y urdimbre de todo vivir social.”¹⁴ Es por esto que tendemos al esencialismo, a pensar que el símbolo usado es un signo natural, copia fiel de lo real; si no pensamos esto directamente del lenguaje verbal, tendemos a pensarlo del concepto o palabra mental.

⁹ Tono Martínez, José —coordinador—, *la polémica de la posmodernidad*, Ediciones libertarias, Madrid 1986, p. 54.

¹⁰ Leach, Edmund, *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, Siglo XXI, Madrid 1978.

¹¹ *Idem*, p. 20.

¹² Bram, J., *Op. Cit.* p. 17.

¹³ Steiner, G., *Op. Cit.* p. 183.

¹⁴ Bram, J., *Op. Cit.* p. 71.

Inevitablemente “nuestra percepción interna del mundo circundante está influenciada por las categorías verbales que empleamos para describirlo,” categorías que hemos recibido de nuestra comunidad junto con todos los imaginarios que esta comunidad concibe como realidades ontológicas. “Cada persona piensa en su propia lengua” y “diferentes lenguas generan y programan modos de vida diferentes.”¹⁵ Nuestra lengua nos marca, nos hace, hay una imbricación mutua en el proceso creativo, por un lado el hombre crea el lenguaje y por otro el lenguaje crea al hombre, “el lenguaje y el hombre (...) se implican y necesitan mutuamente.”¹⁶

Pero, reitero, este proceso constitutivo que realiza con el hombre el lenguaje verbal transmitido por nuestra cultura, tiende a hacernos olvidar que el lenguaje es en esencia artificio y el lenguaje verbal mucho más que el conceptual. Esto requiere especificaciones que no se han hecho. Hasta el momento he usado sin mucha precisión los términos lenguaje, lenguaje verbal, y lenguaje conceptual, pero ahora me parece imprescindible su especificación.

Por lenguaje entiendo todo lo que el hombre e incluso los animales irracionales utilizan para comunicarse consciente o inconscientemente: sonidos inarticulados o articulados, movimientos corporales, olores, colores, etc. Soy consciente de que estoy utilizando el término lenguaje en un sentido sumamente amplio y quizás hasta analógico o equívoco* al aplicar el término a los animales, pero para los alcances de este trabajo no me parecen necesarias más especificaciones, ya que nos alejarían de nuestro objetivo principal.

Dentro del lenguaje en general así entendido, nos encontramos con un tipo de lenguaje especial que es el lenguaje verbal. Éste se caracteriza porque está hecho de sonidos conscientemente articulados que se sistematizan de modo arbitrario para transmitir un mensaje.

Lo más interesante del lenguaje verbal es que nos ofrece una gran precisión sin perder su plasticidad; es decir, el lenguaje verbal – y también el escrito que no es objeto de estudio de este trabajo—nos brinda un número finito de elementos que, al combinarlos, nos brindan posibilidades infinitas de expresión. Gracias a esto, el proceso de intentar decir las cosas cada vez con más exactitud es un proceso interminable. Las cosas del mundo físico, del mundo psíquico o del mundo trascendente, siempre pueden ser dichas mejor, siempre podemos encontrar dentro de nuestra lengua –o inventarnos, gracias a los mismos elementos que la lengua nos brinda—los recursos para ser más expresivos.

¹⁵ Steiner, G., *Op. Cit.* p. 118.

¹⁶ *Idem.*

* Soy consciente de que en este punto me separo de Steiner, quien en la obra que hemos venido citando no habla de lenguaje animal, sino de expresividad y significación de todo lo vital, desde plantas hasta el hombre. Sin embargo, Steiner nos dice que el lenguaje es exclusivo del hombre y, en este sentido, posterior a otras formas de significación dadas en la naturaleza. Por ello, mi separación de Steiner se debe a una objeción ontológica, ya que pienso que lo natural no tiene significado sin el hombre, lo natural simplemente es lo que es, es el hombre quien le da significado a las cosas y lo hace desde una perspectiva eminentemente humana. Las cosas no expresan, son, es el hombre el que significa una realidad que de suyo –y siguiendo a Clement Rosset, en *Lo real, tratado de la estupidez*, -- es insignificante. Por eso prefiero hablar de lenguaje en lugar de significatividad en general porque, aunque el término lenguaje siempre haga referencia a un significado, el peso del mismo puede recaer en el emisor, o en el receptor, o en ambos. En cambio, al hablar de que la realidad vital es significativa, todo el peso de la significación parece recaer sobre el emisor.

En último lugar me interesa explicitar la noción de lenguaje conceptual o mental. Entiendo por concepto el resultado de la abstracción que realizamos de realidades concretas que de algún modo hemos percibido. Dicho de otro modo, conceptuar es universalizar. El pensamiento racional del hombre no se hace con imágenes, se hace con conceptos abstractos, con universales, y es precisamente esta capacidad conceptiva, lo que le da toda su riqueza expresiva al lenguaje verbal ya que es gracias a la universalización que la palabra –hablada o escrita—adquiere toda su expresividad.

Este hecho es muy curioso: la universalización pareciera ser un empobrecimiento de lo real pues al abstraer elementos esenciales de lo conocido (no al agotar la esencia, eso es otra cosa que me atrevería a decir que no se da nunca) el concepto adquiere un matiz de neutralidad ante las concreciones que le permite poder aplicarse a todos los individuos, relaciones, o hechos del mismo tipo. Y esto lo hacemos fundamentalmente a través de la palabra o, como lo dice Giorgio Colli, “el universal nace enclaustrado en la interioridad, de donde lo extrae precisamente la palabra que lo expresa.”¹⁷

Esto es una paradoja. Precisamente por su alejamiento de lo concreto el concepto nos ofrece un número finito de expresiones que se pueden combinar hasta lo infinito para acercarnos a lo real. Y es esto lo que expresamos a través del lenguaje verbal; “el lenguaje (verbal) aparece implicado en este proceso, pero su intervención sólo es primordial cuando éste ya se ha iniciado.”¹⁸ Ahora bien, como ya se ha mencionado anteriormente, el lenguaje conceptual no es un reflejo fiel de lo real. Aun cuando en mayor o menor medida el concepto contenga elementos esenciales de lo real, no lo agota. Sin embargo, el preguntarnos hasta qué punto en el concepto mental hay elementos culturales puestos por el mismo hombre más que dados por lo real en sí, sería objeto de otro trabajo y no de éste. Lo único que nos interesa resaltar aquí es que una cosa es la realidad, otra el lenguaje conceptual con el que intentamos atrapar lo real, y otra el lenguaje verbal con el que intentamos expresar lo conceptual.

El lenguaje conceptual es el intento humano de atrapar y de expresarnos a nosotros mismos lo real; en cambio, el lenguaje verbal (y también el escrito) es el intento de expresarnos nosotros mismos a los demás. Con el lenguaje verbal podemos transmitir jirones de realidad objetiva, pero fundamentalmente transmitimos pedazos de nuestro yo, de lo que somos, de lo que pensamos y sentimos, del modo en que interpretamos el mundo, de los imaginarios culturales con que lo hacemos, etc. Citando nuevamente a Colli, “los caracteres más fuertes del mundo como expresión, van atenuándose, cuando se les injerta la expresión impropia de la palabra.”¹⁹

De la frase anterior estaría de acuerdo con la primera parte, pero matizaría la segunda, ya que es verdad que capturamos algo del mundo y también es verdad que la palabra se queda corta para expresarlo. La palabra es impropia para expresar el *en sí* del mundo por la simple razón de que el hombre no tiene otro modo de conocer el *en sí* del mundo que en *el sí* de sí mismo. La palabra no expresa sólo mundo en sí, sino que expresa mundo en sí interiorizado, hecho intimidad, resumado por el hombre. La palabra expresa mundo y hombre; la palabra es el lugar privilegiado de expresión del mundo humanizado e interpretado, de lo cultural; “las palabras del habla humana son claramente un reflejo directo de los asuntos humanos. Todo

¹⁷ Colli, Giorgio, *Filosofía de la expresión*, Siruela, Madrid 2004, p. 193.

¹⁸ Colli, *ibidem*, p. 59.

¹⁹ *Ibidem*, 192.

cambio en las creencias, actitudes, o instituciones sociales influye de numerosas maneras sobre las palabras y sus significados.”²⁰ En este sentido, aunque la palabra sea impropia para expresar mundo, tal vez lo sea porque su función no es esa; más bien su función pareciera ser la de expresar el binomio hombre-en el mundo o mundo-en el hombre (en este caso el orden de los factores no altera el producto).

Es en este sentido en el que entonces tenemos que afirmar que el lenguaje verbal es intrínsecamente ambiguo, no solamente porque la palabra es de suyo simbólica, sino porque las palabras tienen una fuerte carga de subjetividad. Las palabras (suponiendo que sean veraces) intentan expresar realidad, pero inevitablemente expresan realidad interpretada si no es que pura interpretación. Y, aunque lo simbólico de la palabra se va convirtiendo en signo conforme el significado se va haciendo habitual y común, el elemento de interpretación que la palabra conlleva no se pierde nunca y corresponde al receptor –no siempre ayudado por el emisor-- la interpretación de la interpretación. “Cuando interpretamos un mensaje, realizamos siempre una acción comparable a la de traducir de una lengua a otra.”²¹

Y sin embargo, esta ambigüedad no es necesariamente una característica negativa del lenguaje verbal. “Todo este proceso de fragmentar el mundo exterior en categorías de nombres, y después organizar las categorías para adaptarlas a nuestra conveniencia social, depende del hecho de que, aunque nuestra capacidad de modificar el medio ambiente exterior es muy limitada, tenemos una capacidad virtualmente sin límites de jugar con la versión interiorizada del medio ambiente que llevamos en nuestras cabezas.”²² En otras palabras, lo que se refleja al exterior a través del lenguaje verbal es, entre otras cosas y en gran medida, la riqueza del yo, y una riqueza que es además común, porque el yo es a la vez hechura y hacedor de su cultura.

Dice Steiner²³ que el lenguaje verbal es esencialmente creador, porque ‘en un principio era el Verbo...’ En continuación con esta idea se puede afirmar que el lenguaje verbal, el verbo humano, encierra un inmenso potencial creador para el hombre, pues es a través del lenguaje verbal como significamos el mundo, como lo recreamos más allá de su realidad óptica, y como nos construimos nuestro propio mundo. Atreviéndome a ir más lejos con esta metáfora teológica, yo diría que el Verbo conlleva inevitablemente el Amor, ya que gracias al verbo el hombre no sólo comparte y construye su interpretación del mundo, sino que se comparte él mismo y construye mundo para los otros. Y eso, la donación de sí, y no otra cosa, es el amor.

3. El lenguaje verbal en la postmodernidad

En primer lugar, quisiera aclarar que el término postmodernidad no es de mi agrado. Siguiendo a Giddens,²⁴ yo prefiero usar el término de modernidad tardía o tardo modernidad, esto debido a que la noción de postmodernidad se contradice a sí misma. La postmodernidad, queriendo subvertir los parámetros de la modernidad, declara el fin de la misma, pero simultáneamente lo hace a través de un término que se ubica totalmente en la lógica de una de las visiones centrales

²⁰ Bram, J., *Op. Cit.* p. 57.

²¹ Leach, E., *Op. Cit.* p. 37.

²² *Idem*, p. 49.

²³ Steiner, G., *Op. Cit.*

²⁴ Giddens, A., *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona 1997.

de la modernidad, que es la del progreso lineal. Con el prefijo *post*, la postmodernidad se pone a sí misma como lo que sigue tras la modernidad, como si la superación fuera precisamente en progresión.

Eso por el lado de la forma. Por el lado del fondo, pienso que se ha agotado una de las vetas de la modernidad, veta que hasta ahora había sido fundamental, que es la de la entronización de la razón lógico-conceptual y todo lo que esto conlleva. Pero no es esa la única vertiente de lo moderno, y, me arriesgaría a señalar que, aunque es la veta más conocida --porque es la que durante siglos se ha ido desarrollando--no es ni siquiera su vertiente central. La vertiente central de lo moderno no es el racionalismo sino el voluntarismo exacerbado, este voluntarismo es anterior inclusive a Descartes --considerado por muchos como el padre de la modernidad--ya que se manifiesta ya en las discusiones teológicas del siglo XIV con Duns Escoto y más adelante en ese mismo siglo, con Guillermo de Occam.

El racionalismo exacerbado al que da inicio Descartes tiene su fundamento en el voluntarismo. Descartes **decide** dudar de todo de forma metódica, **decide** no aceptar nada de lo que no tuviera total certeza y él mismo **decide** cuál es el tipo de evidencia que va a aceptar para sustentar su certeza, con esto termina construyendo un racionalismo radical anclado en un voluntarismo aun más radical. Y aunque en nuestro momento histórico cuestionamos el racionalismo, esto no ha hecho más que sacar a la luz y sin cortapisas el voluntarismo que latía por debajo.

Por otra parte, el criticismo que parece ser concomitante a la postmodernidad, y que carcomió las bases de la Modernidad, es otra indiscutible veta moderna, el espíritu crítico es la herencia más refinada de Descartes, más aún que el racionalismo. Y esa duda como método, engendradora del espíritu crítico del que tanto se han enorgullecido los científicos, es hoy el banderín cotidiano de los actores de la llamada postmodernidad.

Pero ya no es una duda que se utiliza de forma metódica para fundamentar mejor el conocimiento. Ahora es una duda vital, profundamente arraigada en el corazón de los hombres, ya que todo se vale en la postmodernidad, precisamente porque ya no se tiene certeza de nada porque, como nos dice José Luis Brea, “cualquier dirección es en ella, ahora de nuevo, igualmente probable, igualmente, ocasional, igualmente irresolutiva.”²⁵

¿Y todo esto para decir que el término de postmodernidad no me gusta? Bueno, matizando la expresión, no me gusta si consideramos la llamada *postmodernidad* como un estadio nuevo que se yergue sobre las cenizas de la modernidad. Sin embargo, el término resulta muy atractivo para señalar un *impasse*, el fin tal vez de una etapa, pero de una etapa dentro de la misma modernidad, un período de transición a algo, no necesariamente en sentido lineal progresivo y mejor, pero si diferente. La contradicción misma del término postmodernidad nos lo alumbró como incrustado en el centro de la modernidad. Nuestra modernidad tardía se caracteriza, entre otras cosas, por la paradoja al extremo, por la simultaneidad de los contrarios que se vuelven equivalentes precisamente porque se les ha despojado de sentido; en el fondo los contrarios sólo lo son externamente. Y, una vez aclarado que se usará el término *postmodernidad* pero no para referirnos al fin de la Modernidad sino a un momento de transición dentro de la

²⁵ Tono Martínez, José, *Op. Cit.* p. 149.

misma, continuamos con la descripción de este momento y del papel que el lenguaje juega dentro de él.

En primer lugar, como lo ya lo indicábamos, la postmodernidad es un resultado imprevisto de la modernidad, porque como nos dice Eduardo Subirats, “el grado de racionalización máxima que nuestras culturas más avanzadas han alcanzado, coincide así con el mayor grado de irracionalidad, en cuanto a sus mismas consecuencias políticas, sociales, ecológicas y psicológicas.”²⁶ Es a estas consecuencias irracionales --fruto de la racionalidad más pura que terminó convirtiéndose en pura razón instrumental-- a las que reacciona la postmodernidad. Ella es, en palabras de Jesús Ibáñez, “la realidad frente al sueño Moderno.”²⁷

La modernidad exigió el sometimiento absoluto de todos los aspectos de lo humano a la Razón objetiva y está Razón sometió todos esos aspectos de lo humano al proyecto del futuro, el proyecto Ilustrado que resultaría del triunfo de la lógica más rigurosa. Al constatar el fracaso de este proyecto y poner en entre dicho el valor de la razón—de toda razón a nombre de la razón absoluta—quedaron liberados esos otros aspectos de lo humano que la Razón Ilustrada consideraba de modo despectivo subjetivos y subordinados: los sentidos, la imaginación, la afectividad, la intuición y la fe entre otras cosas.

Y no sólo quedaron liberados, sino que, ante la constatación del fracaso de la visión progresiva del futuro, se perdió el interés por darles sentido. Tenemos así que todos los aspectos de lo humano, excepto la razón y sus derivados, quedaron a la deriva, flotantes y sin expectativas, y el hombre junto con ellos. Nuevamente Jesús Ibáñez resulta muy claro al respecto: “Nunca podremos ser *protagonistas*• de nuestra propia historia, nunca podremos encarar la historia como proyecto. No podemos cambiar ni el mundo, ni la historia, pero podemos nadar en el cambio del mundo y de la historia.”²⁸ El postmoderno es un individuo flotante y a la deriva, pero es eso lo que quiere ser. Esto no es una pose simplemente reaccionaria, es una estrategia inconsciente de supervivencia.

El hombre necesita recuperar esa experiencia vital que le fue sacrificada a nombre de la lógica del progreso, necesita recuperarla porque la lógica del progreso era un mito, y porque esa experiencia vital es una parte fundamental de lo humano. Esta visión parece apocalíptica, pero es bastante realista, porque las fuerzas desatadas por la Razón Ilustrada siguen azotando a los individuos, ahora en términos de mercado globalizado con los medios de comunicación a su servicio. En efecto, como lo señala Toni Negri, “en la circulación de los valores, todo bien se ha convertido en moneda, toda referencia se ha dado en un circuito de totalidades equivalentes, y toda singularidad ha perdido así su significado, y el sentido del ser se ha vuelto pura paranoia.”²⁹

Y si todo es equivalente para el mercado, las diferencias son sólo superficiales y nos encontramos ante la más cruda confrontación ontológica. Me explico: históricamente el hombre siempre ha intuido que detrás del mundo fenoménico había algo más, que el ser

²⁶ Tono Martínez, José, *Op. Cit.* p. 110.

²⁷ *Ibidem*, p.53.

• El subrayado es del autor.

²⁸ Tono Martínez, José, *Op. Cit.* p. 54.

²⁹ Tono Martínez, José, *Op. Cit.* p. 127.

sostenía el aparecer –unitarismo ontológico--y ha construido ciencia, metafísica y hasta teología para develarlo, ya sea para concluir que era indevelable, o para afirmar que existía en sí pero no en nosotros, o sólo en nosotros. Sin embargo, la visión ontológica que late en la postmodernidad es la del pluralismo ontológico, ser es aparecer, el mundo es fragmentación, y todo se reduce a fachada. Como nos dice Eduardo Subirats, “se trata en definitiva, de una concepción escenográfica de la cultura como espectáculo medialmente generalizado, como representación total.”³⁰

Y en el ámbito del lenguaje verbal pasa exactamente lo mismo: el lenguaje verbal que ha intentado ser expresión cada vez más exacta del concepto, es también hijo de la modernidad porque “ninguna lengua, por más amplio que sea su vocabulario o más original y refinada su gramática, puede organizar la totalidad de la experiencia.”³¹

La exigencia de un lenguaje conceptual riguroso y exacto propia de la modernidad, engendró los lenguajes especializados de la ciencia, uno de ellos su lenguaje por excelencia: las matemáticas. Sin embargo, estos lenguajes fueron quedando cada vez más al margen de las experiencias vividas, cuya complejidad y particularidad es imposible encerrar en conceptos exactos; no en vano son las artes, la pintura, la música, la danza y la poesía que nunca es exacta –por mencionar sólo algunas--lo que mejor expresa los sentimientos y la sensibilidad.

A esta impotencia del lenguaje verbal-conceptual --al que se le pedía cada vez más univocidad— para expresar la vida, se le aunó el abuso del lenguaje verbal que se dio en otros ámbitos. Pido disculpas por la extensión de la siguiente cita, pero no tiene desperdicio:

“Las tiranías contemporáneas redefinieron las palabras, invirtiendo de manera grotesca y deliberada el significado (...) La falsificación y la deshumanización del lenguaje ejercidas por los regímenes totalitarios lograron ser imitadas más allá de sus fronteras. Aunque de manera criminal, se reflejan en el lenguaje publicitario (...) Vivimos rodeados de oleajes de mendicidad. Millones de palabras nos rodean, absolutamente vacías de significado.”³²

Ante todo esto, el hombre postmoderno, especialmente los jóvenes, hijos de la misma postmodernidad, “pretenden liberarse del lenguaje como de su propia sombra”³³ o, por lo menos, se afanan por liberar al lenguaje de las pretensiones racionalistas. Si ya nada tiene sentido *per se*, todo es válido, y “la falta de orientación que se advierte en el mundo ético-político se siente aún más fuerte en el mundo ideal, de los conceptos y del lenguaje.”³⁴ Nos encontramos ahora ante la fragmentación y disgregación del lenguaje verbal-conceptual y ante el pluralismo *ad infinitum* de los lenguajes verbales dentro de un mismo idioma.

Ya Steiner³⁵ nos habla de una crisis del lenguaje que se dio en Europa entre los años 1900 y 1925. Tal vez la crisis lingüística actual no sea más que una expresión de que

³⁰ *Idem*, p. 113.

³¹ Steiner, *Op. Cit.* 119.

³² *Idem*, p. 137.

³³ *Idem*, p. 141.

³⁴ Baudrillard, citado por Toni Negri en el texto coordinado por Tono Martínez, *Op. Cit.*

³⁵ Steiner, *Op. Cit.*

aquella crisis no se resolvió del todo en su momento, o de que tenía raíces más hondas de lo que se creyó. El mismo Steiner nos señala, refiriéndose a Kafka, que “ningún otro escritor se expresó con mayor elocuencia y sinceridad sobre la resistencia que el lenguaje opone a la verdad, sobre la imposibilidad de una comunicación adecuada entre los hombres.”³⁶

Y este punto me parece clave. La comunicación entre los hombres siempre es inadecuada y mucho más la comunicación verbal-conceptual. Esto es así porque “el sentido no se produce por una esencia ideal: es dicho y enseñado por la presencia.”³⁷ En otros términos, si el lenguaje es un artificio no un signo natural que inevitablemente apunte a su significado, y si la elección de los términos a utilizar en cada momento depende del emisor, es evidente que para una mejor interpretación del mensaje nada mejor que el cara a cara, que el mensaje sea entregado por el mensajero que lo envía.

Con toda su radicalidad, Lévinas insiste en que “lo esencial del lenguaje es la coincidencia del revelador y lo revelado.”³⁸ Recordemos que con el lenguaje no expresamos sólo mundo objetivo, sino mundo objetivo humanizado, interpretado por el hombre que intenta expresarlo. La comunicación es esencial al lenguaje; con el lenguaje ponemos algo en común y nos ponemos a nosotros mismos. Si el lenguaje verbal nos divide y nos fragmenta constantemente es que algo hemos venido descuidando en él.

Los postmodernos están rescatando otros modos de comunicación al reducir al mínimo el lenguaje verbal. “Cuando dos personas se encuentran en comunicación cara a cara, de modo que pueden usar simultáneamente diferentes canales de comunicación sensorial – tacto, vista, oído, y así sucesivamente-- el ordenamiento lógico de los lenguajes verbales es mucho menos claro.”³⁹

Pero esto no necesariamente es un problema; porque no forzosamente inhibe la comunicación. Por el contrario, puede reflejar una mayor atención al otro, a lo individual, al contexto. Si con menos palabras seguimos identificándonos y entendiéndonos, evidentemente tenemos que estar utilizando otros recursos comunicativos. Esto pudiera estar hablándonos de un desarrollo de esos otros canales de comunicación que se vieron minusvalorados durante el apogeo de la Razón Ilustrada.

Es importante que recordemos que el lenguaje verbal es originariamente simbólico y que la gradual transformación de los símbolos a signos implica un paulatino univocismo de los términos. Con esto se gana en precisión pero se pierde en riqueza imaginativa ya que “poder decirlo todo, y con palabras comunes y corrientes, significa imaginar y recrear personalmente mucho menos.”⁴⁰ En cambio, el símbolo mantiene la riqueza analógica del lenguaje verbal, lo cual es central para el diálogo, y es en la postmodernidad como en ningún otro tiempo, ante el reconocimiento de la pluralidad y ante la constante

³⁶ *Idem*, p. 107.

³⁷ Lévinas, E., *Totalidad e Infinito*, Sígueme, Salamanca 1999, p. 89.

³⁸ *Idem*, p. 90.

³⁹ Leach, E., *Op. Cit.* p. 95.

⁴⁰ Steiner, *Op. Cit.* p. 138.

fragmentación de nuestra “aldea global” que necesitamos el diálogo cara a cara (aunque esto sea de modo virtual).

Pero para que el diálogo sea fructífero se requiere no sólo de que los emisores tengan algo que comunicar, sino, fundamentalmente de receptores atentos, y es el lenguaje analógico, el que exige muchísima más participación del receptor porque “no hay cosa que necesite más la interpretación que el símbolo ni que, a la vez, la dificulte tanto, por su tesoro escondido de significación.”⁴¹ La falta de precisión e incluso el exceso de equívocidad o la mentira llana del emisor, se pueden suplir en el diálogo vivo con la interpretación de las señales no verbales que hace el receptor durante el mismo diálogo. Y la interpretación de todos estos elementos requiere de muchísimas habilidades no sólo sensibles y empáticas sino también intelectuales. Sin embargo y paradójicamente, aunque en el lenguaje analógico se requiere muchísima más participación activa del receptor, la última palabra la tiene siempre el emisor, que es el generador primario del mensaje.

De esta manera se mantiene el equilibrio en el diálogo, que ya no supone sólo las buenas intenciones de los participantes, ni la claridad conceptual de los términos, sino la escucha activa por todos los canales comunicativos posibles y la retroalimentación constante de todos los involucrados. Es por esto que el lenguaje utilizado por los jóvenes postmodernos no necesariamente implica empobrecimiento; más bien puede estar siendo una respuesta inconsciente a los abusos cometidos por el lenguaje verbal, cuando éste era sólo hijo de la Razón ilustrada.

El apoyarnos para la comunicación en elementos no verbales puede estar devolviéndole a la palabra su lugar dentro del marco comunicativo, ya que “en su marco original, la expresión hablada únicamente formaba parte de un todo más amplio. Tenía una relación metonímica (signo) con todo lo demás que ocurría en la sala en el mismo momento, y este ‘otro’ no verbal también estaba transmitiendo parte del mensaje.”⁴²

Las relaciones metafóricas que se establecen en el lenguaje verbal cuando en él predominan los términos simbólicos, fuerzan al lenguaje verbal a depender metonímicamente del lenguaje no verbal para su interpretación. De esta manera se reintegra el lenguaje verbal a su todo comunicativo que está formado por el contexto y las personas concretas que participan en el diálogo.

Desde este punto de vista podemos afirmar que, si la Razón Ilustrada inclinó el lenguaje verbal- conceptual hacia la univocidad, la postmodernidad lo viene inclinando hacia la equívocidad, y esto segundo, que descontextualizado puede ser grave, en el contexto de la excesiva univocidad tal vez signifique un equilibrio, tal vez con esto se esté apuntando hacia una sana analogía del lenguaje.

Conclusiones:

⁴¹ Beuchot, Mauricio, *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*, Caparrós, Madrid 1999., p. 29.

⁴² Leach, E., *Op. Cit.* p. 95.

La postmodernidad es un hecho. Los jóvenes principalmente, viven inmersos en ella y, efectiva e inevitablemente, encontramos en ellos esas actitudes flotantes, ambiguas y fragmentadas que caracterizan a estos tiempos. No puede ser de otro modo: todos somos hijos de nuestra cultura y nuestra época. Pero esas actitudes son un síntoma ambivalente; por un lado, reflejan los resultados y las reacciones a los abusos y decepciones que produjo la Razón Ilustrada, y por otro, nos hablan de las tendencias y las latencias posibilitantes del momento.

Es cierto que las aguas de la postmodernidad son peligrosas, y lo son porque fueron producidas por el derrumbe y la decepción, por lo que contienen todavía mucho de su caudal destructivo. Sin embargo, si la realidad misma es analógica,[®] la ambigüedad y la fluctuación no tienen porque ser forzosamente algo negativo.

Lo que me parece importante dentro de todo este oleaje es el intento de mantener el equilibrio, lo cual requiere más que un distanciamiento de lo nuevo que se nos presenta, de un esfuerzo tremendo por descubrir sus potencialidades constructivas y de trabajar con lo que ahora tenemos. Esa es la razón de ser de este artículo, porque en lo que se refiere al lenguaje y a la vida misma del hombre, podemos decir que la postmodernidad “es la catástrofe de todo significado, pero es también una nueva potencialidad de todo significado.”⁴³

¡Vale tío! —para Mardones—
¡Órale! —para nosotros--

Bibliografía:

1. Aristóteles, *Política*, UNAM, México 2000.
2. Bram J., *Lenguaje y sociedad*, Paidós, Buenos Aires 1961.
3. Beuchot, Mauricio, *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*, Caparrós, Madrid 1999.
4. Colli, Giorgio, *Filosofía de la expresión*, Siruela, Madrid 2004.
5. Giddens, A., *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona 1997.
6. Leach, Edmund, *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, Siglo XXI, Madrid 1978.
7. Lévinas, E., *Totalidad e Infinito*, Sígueme, Salamanca 1999.

[®] En el primer apartado de este trabajo yo hablaba del pluralismo ontológico como la visión metafísica de la postmodernidad. Y yo me pregunto: ¿Hasta qué punto no es tan equívoco considerar que el ser es aparecer? Me explico: Santo Tomás dice que hay una diferencia real entre esencia y acto de ser, que no son lo mismo aun cuando siempre se den unidos en el ente concreto. Para Tomás el ser se manifiesta en modos de ser (esencias). Un ente, para ser, tiene que ser de cierto modo y este cierto modo viene a limitar al ser. Sin embargo, ser es también actuar, y en este sentido los actos de un ente nos hablan del ser, aunque nunca lo agoten. Se me podría objetar que esto es unitarismo porque estoy diciendo que hay ser más allá de lo que aparece (las acciones que realizan los entes) y que ese ser no se agota en el mero aparecer. Pero yo respondo que también se puede leer de esta manera: Ser es el aparecer, efectivamente no se agota en esto, pero tampoco tenemos modo de llegar —entender conceptualmente— más allá del ser como aparecer. El ser da “vida” a modos de ser concretos, se manifiesta en ellos y sólo a través de ellos y sus acciones, puedo suspirarlo —elegí adrede el término, suspirar me implica el tratar de atrapar lo inefable— pero no agotarlo y mucho menos expresarlo en conceptos, porque desde esta metafísica lo conceptualizable y universalizable son sólo las esencias, el ser siempre es concreto. Y como los conceptos son siempre universales, sólo a través de la analogía puedo intentar tocarlo.

⁴³ Toni Nigri, en Tono Martínez, José, *Op. Cit.* p. 129.

8. Steiner G., *Extraterritorial*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires 2000.
9. Tono Martínez, José –coordinador–, *La polémica de la posmodernidad*, Ediciones Libertarias, Madrid 1986.